

El pensamiento regeneracionista de Ramiro de Maeztu

Montserrat Huguet Santos

PUBLICADA en 1898 en Bilbao y Madrid, la primera obra de Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España*, inicia la evolución intelectual de su autor. En el polo opuesto de lo que habría de ser la identidad ideológica más pura de Maeztu, el libro pasó inadvertido durante la etapa de la Dictadura (1923-1931) por su alineación junto con aquellas del denostado Regeneracionismo¹, y no vio la luz hasta que en 1969 fue reeditada, a raíz del esfuerzo de Vicente Marrero, autor también del prólogo de la edición².

Para ser fiel a la verdad, conviene aclarar que el propio Maeztu fue el causante del repudio que recayó sobre su primera obra al criticar él mismo los contenidos de las páginas de este libro en obras posteriores. En la edición de 1969 puede leerse la exculpación de Maeztu, quien señala que *Hacia otra España* fue fruto de la inexperiencia y de la escasez de conocimientos del autor.

Si tenemos en cuenta la idea argumental del libro —la de que se puede hacer de España y se debe un pueblo nuevo—, fruto de la coyuntura de 1898, comprenderemos la autocritica de Maeztu en 1931. La profunda evolución en su pensamiento le llevó a defender valores como la «tradición», la «universalidad» y la «espiritualidad» frente al modelo del progreso material. *Defensa de la Hispanidad* resultó ser, en 1934, la evidencia de todo un proceso ideológico que condujo a Ramiro de Maeztu desde el regeneracionismo juvenil al conservadurismo de la madurez.

Para Vicente Marrero, la reedición de *Hacia otra España* en 1969 tenía un valor meramente documental aún. No se apreciaban los contenidos ideológicos de la obra, sino que se le confería el valor de punto referencial para el pensamiento posterior de su autor, ya que —decía en el prólogo Marrero— su espíritu

¹ C. Rama, *La crisis española del siglo XX*, Madrid, F. C. E., 1976.

² Vicente Marrero, interesado en la figura de Ramiro de Maeztu, había publicado ya una obra sobre la vida del autor: *Maeztu*, Madrid, Rialp, 1955.

de rebeldía y su base filosófica nietzscheana. Sin embargo, reconocía también el autor del prólogo que en este libro juvenil surgían ya los temas que Maeztu no abandonaría en su carrera de pensador y escritor.

Durante los años treinta, y como si la conciencia le remordiera, el propio Maeztu escribiría a menudo sobre su primer libro. Ello propició un análisis certero de la obra:

Lo característico de aquellos años era precisamente que los escritores jóvenes no éramos políticos. Ni yo mismo, con serlo más que mis contemporáneos, tenía otro ideal que el de «la escuela y la despensa», que cantaba Costa. Y lo que ese ideal significaba es que para nosotros no existían entonces problemas de forma de gobierno, sino únicamente los de contenido. Después fue Costa el que abandonó su posición primera. Otros seguimos toda la vida buscando el modo de fortalecer al mismo tiempo el espíritu y la economía de España. Algunos hemos llegado al convencimiento de que lo mejor para ello es que los españoles nos reincorporemos a la corriente histórica de nuestra tradición (...) ³.

En otra ocasión, Maeztu se inculpaba a sí mismo de haber caído bajo la poderosa influencia que el 98 tuvo sobre su generación:

Allá en 1898 padecía yo un ataque de progresismo exacerbado por las desgracias de mi patria que me hizo decir cosas de las que luego tuve que arrepentirme (...) No niego yo haber dicho y escrito muchas cosas injustas e indocumentadas en 1898 y años sucesivos. No me parece legítimo reprochar a un hombre maduro las afirmaciones hechas a la ligera cuando su espíritu no estaba aún formado ⁴.

La victoria de los Estados Unidos en la guerra de Cuba dio a entender a los jóvenes de la generación del 98 que la riqueza y el progreso material estaban en el origen del éxito de cualquier nación sobre otra. Se trataba, pues, de lanzarse a la conquista del desarrollo industrial. La estancia de Maeztu en Bilbao entre 1894 y 1897 le había mostrado la cara de la revolución industrial. No existía ninguna duda sobre el modelo que España debería seguir para ahuyentar los espíritus del oscurantismo de los siglos precedentes:

Entonces fue cuando lanzó Costa su divisa de «La escuela y la despensa», divisa que adopté con fanático celo. Eso es lo que me pareció que había que hacer: dejarnos de peleas dinásticas, olvidar la querrela de liberales carlistas y unirnos todos en la tarea de cuidar de la despensa y de multiplicar las escuelas. España se transformaría en breve tiempo ⁵.

La estancia de Maeztu en Inglaterra le defraudó profundamente, y ello contribuyó a desmontar su fe en el modelo de progreso anglosajón. Durante los

³ R. de Maeztu, *Con la cruz a cuestas*, en «Las Provincias», 29 de febrero de 1934.

⁴ R. de Maeztu, *El poder de la mentira y la generación del '98*, en «Diario de Navarra», 25 de mayo de 1935.

⁵ *Ibidem*.

quince años que duró dicha estancia pudo contemplar la vida de España desde fuera, y ello provocó en su pensamiento un cambio radical:

Lo que aprendí en el extranjero fue una cosa: que, en los pueblos cristianos, la tradición es el fundamento del progreso ⁶.

En los textos de madurez de Ramiro de Maeztu llama la atención su insistencia en la idea de que la generación del 98 no pudo existir realmente debido a la heterogeneidad de sus miembros. Sin embargo, Vicente Marrero, en la introducción de *Hacia otra España*, indicaba que a todos los intelectuales y pensadores de la época les unía un anhelo de participar en la creación de una nueva patria, si bien cada cual lo enunció de muy diversa manera.

La estructura de *Hacia otra España* es la propia de un autor joven. Frente a obras posteriores, como *Defensa del Espíritu* o bien *Defensa de la Hispanidad*, en las que Maeztu hace gala de su madurez intelectual al ofrecer al lector un hilo argumental, en aquélla la estructura se compone de retazos periodísticos y cotidianos. No obstante, todas las partes se ven animadas por un mismo fin: subrayar la decadencia en la que se halla sumida la «patria». La pérdida de los últimos retazos coloniales es siempre sacada a colación con un tono finamente irónico.

Desde las primeras páginas de su libro, Maeztu apuntó una idea que no abandonaría nunca más sus textos: la influencia de los hechos históricos sobre los pueblos. Los juicios momentáneos que sobre los hechos se hacen, mantenía Maeztu:

(...) no por ello merecen olvido, ya que su sedimento forma médula en nuestros cerebros, acaba(n) por encarnar en el fondo íntimo del pensamiento nacional y modifica, poco o mucho, el histórico instinto de un pueblo ⁷.

Para Maeztu, la realidad histórica de España en los últimos momentos del siglo XIX era calificada como de «parálisis progresiva». El país sufría el mal del amortiguamiento continuado de la vida colectiva: los programas de los partidos no eran sino ejercicios divertidos para los caciques omnipresentes. La indiferencia general ante los negocios públicos, el absentismo de los electores, la parálisis intelectual imaginativa y moral se manifestaban sin duda como algunos de los hechos más preocupantes.

El futuro se presentaba difícil para España, que habría de elegir entre dos opciones. La primera consistía en ofrecer resistencia a la influencia de lo exterior para evitar ser arroyada por la industrialización extranjera. La clase media española —señalaba Maeztu—, inserta en la mediocridad y en la desidia, era ajena a

la lucha económica que se estaba cerniendo sobre el mundo occidental. La segunda opción, pues, consistía en caminar hacia adelante creando un bienestar mayor y un renacer intelectual ⁸. En este sentido, la instrucción tendría que jugar una baza fundamental en la sociedad española. Ahora bien, Maeztu apostaba por un tipo de educación que desde la teoría se desplegase hacia la práctica del aprendizaje. Sin duda, acusaba una gran influencia de las tesis anglosajonas sobre el «hombre de empresa», o bien la «educación al aire libre», por poner sólo dos ejemplos.

Una de las principales preocupaciones que aparecía en el primer libro de Ramiro de Maeztu fue la falta de solidaridad y el egoísmo en las empresas de los hombres:

Creemos que no hay más que dos razas de hombres: la de los hombres que conocen su oficio, raza superior que encuentra en el trabajo su placer y vive segura de sí misma y del porvenir, (...), y la raza de los hombres desconocedores de su oficio, raza deleznable, que se arrastra penosamente por la vida, (...).

Pues bien, en nuestra España desventurada, por una lamentable derogación de las leyes dinámicas, (...), ha prevalecido, erigiéndose en directora, la raza de los inútiles, de los ociosos, de los hombres de engaño y de discurso (...) ⁹.

De este texto podemos extraer, además del análisis social que Maeztu propuso para España, algo tal vez más llamativo: el radicalismo de sus observaciones presagiaba uno de los rasgos más característicos de su discurso mental posterior. Sin embargo, no todo el Maeztu «maduro» estaba dibujado en el Maeztu «joven». En su primera obra negaba la validez de la violencia como método disuasorio, presupuesto este que quedaría anulado en obras posteriores, a raíz de la vinculación del autor con los movimientos intelectuales de la derecha radical europea de los años veinte y treinta. De momento, y antes de acabar el siglo XIX, Maeztu escribió atacando a la apología de la violencia que hacía la prensa, en la que las noticias de «crímenes» ocupaban páginas que él hubiera destinado a la cultura; escribió en contra de las autocracias y sus prácticas despóticas, y denunció la violencia y la «barbarie» que había presidido los procesos de independencia de las Repúblicas sudamericanas.

El joven Maeztu contempló con desaliento el final del siglo. Veía con tristeza el derrumbamiento de las democracias y el alzamiento de la fuerza. Percibía la agresividad de las políticas exteriores de los llamados países poderosos y en especial la de los Estados Unidos. En un período reconocido como de «desarme», el rearme era la realidad más fehaciente. El sentimiento de autodefensa que invadía a los pueblos no pasó inadvertido a Maeztu. Frente a la dualidad paz-democracia —escribía— se alzaba la dualidad guerra-despotismo, de la que Rusia era el más vivo ejemplo. En su análisis del tiempo en que vivía, Maeztu de-

⁶ *Ibidem*.

⁷ R. de Maeztu, *Hacia otra España*, Madrid, Rialp, 1969, pág. 26 (primera edición: Madrid y Bilbao, 1899).

⁸ R. de Maeztu, *op. cit.*, págs. 27-28.

⁹ R. de Maeztu, *op. cit.*, págs. 45-46.

notaba un sentimiento de pesimismo y de tristeza. La divinización de la fuerza de la nueva era que se avecina suponía el debilitamiento progresivo de la «esperanza» de los pueblos.

Contrariamente a lo que pensaría en su madurez, Maeztu defendía en su juventud el progreso material y el artístico, al que adjudicaba la fuerza de toda civilización y de su moral. En este sentido, y en España, proponía el ejemplo de Bilbao. En la sociedad bilbaína se apreciaba el lujo, las artes y la buena prensa, fruto todo ello de una próspera base económica, indispensable para el desarrollo de las artes:

Así se acercará el advenimiento del apogeo artístico, fase última y suprema de toda civilización¹⁰.

De lo hasta aquí expuesto podemos sacar una conclusión: que la concepción histórico-filosófica de Maeztu en sus años de juventud adoleció de una falta de firmeza y de homogeneidad. Su espíritu fluctuaba entre dos tendencias: la histórico-guerrera y heroica y una segunda, más contemporánea, conservadora y positivista, que estimaba este autor, había de conducir a la mejora de la vida económica española.

En el terreno de los hechos concretos, la cuestión colonial de Cuba fue una de las principales preocupaciones en la primera obra escrita de Ramiro de Maeztu. Merece la pena recoger la síntesis de sus reflexiones en torno a este tema. Acusaba Maeztu a la prensa de no haber informado debidamente a las clases dirigentes del país sobre la realidad de las fuerzas navales norteamericanas y sobre las causas que determinaban en cada momento las insurrecciones coloniales. Se quejaba también de la falta de humanidad de los gobernantes al enviar a Cuba a un contingente de población de baja extracción social, blandiendo con ello los principios malthusianos, como si en España hubiese habido un problema de exceso de población y se quisiera mejorar la raza suprimiendo a los débiles. Describía la situación de miseria y enfermedades en que volvían a casa los soldados y apelaba al gobierno de la nación para que les hiciera regresar definitivamente.

Al hablar de la pérdida de la juventud española en Cuba, el acento de Maeztu se volvía más pesimista que nunca:

Es toda una juventud la que se va, la que se muere, la que regresa inútil para la vida del trabajo. La base, el fundamento, el núcleo nacional se debilita, se resquebraja y uno se pregunta angustiado... ¿quedará algo sano?¹¹

En realidad, el interés de Maeztu en salvar a la juventud de España en Cuba obedece más a motivos egoístas que caritativos: evitar el debilitamiento demográfico del país, un país —dice— de ancianos, mujeres y niños. No obstante,

¹⁰ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 78.

¹¹ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 96.

denunciaba sin ninguna reserva la desigualdad social que subyacía en los reclutamientos: el mercado humano en el que se compraban y se vendían redenciones del servicio militar. Dentro de su interés por el tema colonial, Maeztu llegó a definir la pérdida de ultramar como la coronación de cuatro siglos de fracaso, argumento sin duda muy alejado de sus tesis de madurez.

Maeztu veía a España como una nación envejecida, anclada en un pasado caduco cuyas pretendidas glorias denunciaba:

Arrastra España su existencia deleznable, cerrando los ojos al caminar del tiempo, evocando en obsesión perenne glorias añejas, figurándose siempre ser aquella patria que describe la Historia. Este país de obispos gordos, de generales tontos, de políticos usureros, enredadores y «analfabetos» (...) ¹².

El campo, los agricultores —denunciaba Maeztu— soportaban una miseria extrema. La industrialización del país era más un pretexto que la referencia a una situación real. Sobre la precariedad de la industria catalana escribía:

(...) Esas fábricas catalanas edificadas en el aire, sin materia prima, sin máquinas inventadas por nosotros, sostenidas merced al artificio de protectores aranceles (...) ¹³.

Para continuar refiriéndose al control que los británicos tenían sobre la minería vasca:

(...) esas minas de Vizcaya, de donde salen toneladas de hierro, que pagan los ingleses a cuatro o cinco duros, para devolvérmolas en máquinas, cuyas toneladas pagamos nosotros en millares de pesetas (...) ¹⁴.

Todo ello conducía a Ramiro de Maeztu a entender que el principal problema histórico de España consistía en no haberse querido ver tal como en realidad era. De haberlo hecho a tiempo no le hubiera sorprendido ningún desastre (refiriéndose al colonial). La única ventaja posible que se derivaría del desastre era la de que España supiese reconcentrarse en sí misma y obrase en consecuencia. Desde el punto de vista social, la guerra y el desastre habían sido acontecimientos no esperados ni queridos por ningún grupo en España. Incluso los reaccionarios —decía Maeztu— necesitaban la paz para proseguir su obra de colocar los pilares de la industria y del comercio.

Sin embargo, la tragedia de la «derrota» representaba en el pensamiento de Maeztu un hecho «esperado». Al aire de pesimismo con el que Maeztu contemplaba la crisis se unía un sentimiento de resignación visiblemente ligado a su creencia en aquellos momentos en una «Historia Providencia», en la que sin duda había acabado la fase expansiva de España:

¹² R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 101.

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

(...) si las fuerzas ignoradas que rigen los destinos de los pueblos que han condenado al nuestro a perder una tras otras sus colonias en el siglo que expira, si la Historia expansiva y conquistadora de nuestra patria ha de acabarse con la centuria; si los cañones yanquis han de borrar el plus ultra de nuestra raza, quiero, al menos, como español y como artista, que nuestra caída sea bella; quiero al menos que si no hemos sabido decir «sí» a la vida, sepamos decirselo a la muerte, haciéndola gloriosa, digna de España¹⁵.

La decadencia de España —señalaba Maeztu— era una fase de su historia que los españoles debían aceptar; reconocimiento que no debía significar ni mucho menos la agonía. Así, nos encontramos con que Maeztu perfilaba en su juventud el pensamiento de su posterior obra al elaborar toda una defensa de la raza española, inspirada en los grandes tópicos de la historiografía tradicionalista:

(...) la española es una raza sobria, fuerte, fecunda y sana. ¡Llámenos enhorabuena Salisbury pueblo agonizante, si con aplicarnos el adjetivo redondea un párrafo!¹⁶ Pienso en las muchedumbres sajonas, ebrias y brutales, sosteniendo en fuerza de alcohol una vida de animalidad, dóciles al látigo de la policía, pero desenfrenadas en cuanto se les sueltan los grilletos, pienso en el color pálido del obrero de Londres, o de Manchester, de Birmingham o de Liverpool, en la mujer sajona, de cuerpo seco y alma enjuta, y me sonrío, como el tendero de mi casa¹⁷.

La polémica suscitada en torno a si se debía continuar la lucha y recuperar lo perdido o bien evitar males mayores a través de un acto de aceptación de la paz servía a Maeztu para introducir en su texto la dualidad básica del pensamiento contemporáneo español: la oposición o complementariedad de los instintos tradicional y crítico:

Pugnan en la actual polémica el instinto tradicional con el instinto crítico. Cuanto se arguye por los partidarios de la guerra, es un eufemismo para no confesar el evidente desacuerdo entre la España que soñaban, la España de la tradición y la España que los hechos revelan. Han formado sus almas en el culto a las cosas muertas, embellecidas por la pátina de los siglos. Han mirado a su patria bajo la luz esplendorosa del pasado (...) ¹⁸.

Partidario del sentido crítico frente al mito del pasado glorioso y a favor de una reconstrucción de España, escribiría Maeztu:

El instinto crítico, que ya en tiempos de nuestros padres juzgó al pasado frente al tribunal de la razón, y hubo de condenarlo al conocer la gran debilidad interna que ocultaban los esplendores de otros siglos, se rebelaba hoy contra esa joroba de heroísmos

mo suicida que nos legó por toda herencia aquel pasado y aspira a conquistarse libremente, la «parte del sol» que aún reserva el destino a nuestra España¹⁹.

Así, pues, el sentido crítico se imponía porque el sentido histórico tradicional no tenía fe en las fuerzas auténticas del país, en las fuerzas eficientes. No tenía fe en el porvenir y se recreaba en un presente modesto y precario²⁰. Era por eso por lo que —decía Maeztu— se había elaborado la catástrofe colonial, precisamente cuando el hecho colonial se diluía. Acusaba a la prensa de demagógica en el tratamiento del asunto y proponía que se «soportase» el castigo con paciencia y dignidad, concentrándose el país en el trabajo interno de reconstrucción.

El pesimismo, sin embargo, volvía a brotar en las líneas escritas por el joven Maeztu cuando se interrogaba acerca de en qué podía apoyarse España para salir airoso de la «derrota». Si bien estaba convencido de que el país tenía que hacer un esfuerzo para sobreponerse a los acontecimientos, fallaban los pilares sobre los que alzar la nueva construcción: la política, la prensa, las universidades carecían de la gente adecuada capaz de guiar un movimiento de progreso. El envilecimiento del sistema —decía— había alcanzado cotas muy altas. La única alternativa que Maeztu reconocía era la de las «individualidades»: los individuos deberían constituir la generación del mañana, los objetivos de sus luchas serían conseguir la paz y acabar con la rutina, la ignorancia y el pesimismo.

La juventud que Maeztu defendía en las páginas de su libro, encargada de trazar el futuro de España, no era ni revolucionaria ni conspiradora. Se trataba de una juventud combativa desde la intelectualidad y creadora en el pensamiento. Los nuevos intelectuales removerían el complejo legado por las viejas generaciones y promoverían los valores del pragmatismo y del instinto, inspirados en las filosofías de Max Stirner, Schopenhauer, Etievant, Maltus y Nietzsche. La ruina de la España histórica —aseguraba el autor— dejaba despejado el camino de los escollos que habían entorpecido el pensamiento²¹. Si la nueva España que se perfilaba quería funcionar, no debía suponer un obstáculo ni la tristeza de la gloria perdida ni el espíritu de la patria vieja. En lugar de ello, debía sustentarse en los males profundos de España.

CONCLUSION

Entre 1927 y 1929 Maeztu ocupó el puesto de embajador español en Argentina. Durante esta breve etapa de su vida los hábitos de lectura y con ellos el

¹⁵ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 113.

¹⁶ Se refiere Maeztu a un discurso pronunciado por el primer ministro inglés, lord Salisbury, en el que se leía que las naciones se agrupaban en dos categorías: aquellas ricas y poderosas, populosas y refinadas, que pueden movilizar un ejército inmenso en pocas horas, y aquellas ancladas en el pasado, que se aferran exclusivamente a su Historia y a defender su suelo y que están destinadas a perder sus colonias en beneficio de los pueblos grandes.

¹⁷ R. de Maeztu, *op. cit.*, págs. 125-126.

¹⁸ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 132.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 133.

²¹ R. de Maeztu, *op. cit.*, pág. 237.

pensamiento de Maeztu cambiaron definitivamente. Abandonando el liberalismo y las tesis anglosajonas en torno a la revolución, se acercó al pensamiento integrista católico de autores latinos tales como De Bonald, Maurras, Donoso Cortés y, sobre todo, Zacarías de Vizcarra.

Fue a partir de entonces cuando Maeztu elaboró su conocida doctrina de la Hispanidad. Concibió la trilogía *Defensa del Espíritu*, *Defensa de la Hispanidad* y *Defensa de la Monarquía*, remedo de la trilogía Dios, Patria y Rey. Pero su muerte en 1936 le impediría completar la obra. En toda ella se plasmaba la idea del ideal hispánico del siglo xvi, en el que descansaría —según Maeztu— el único futuro posible de la humanidad. Así, pues, desde finales de los años veinte, Maeztu se volcaría en el estudio de la historiografía española según los cánones establecidos por Marcelino Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*) y en el análisis de los integralismos europeos, de los cuales extraería los argumentos ideológicos del nuevo integrismo español de los años treinta.

El trabajo de Ramiro de Maeztu para la revista de Acción Española, exponente de un conservadurismo intransigente, discurrió en la línea de comentarios a las obras de autores extranjeros ligados al fascismo europeo con el fin de dar a conocer en España el desarrollo del pensamiento integrista de más allá de nuestras fronteras. En los escritos de este Maeztu maduro destacaron la admiración por los temas europeos y la apología de la personalidad de Hitler y de Mussolini, en quienes vio a los líderes que habían evitado la destrucción en el mundo de cuanto existía de cultura²².

A su muerte —fue fusilado en 1936—, el mito de Ramiro de Maeztu como pensador contemporáneo de los valores del tradicionalismo español se había consumado. En la leyenda, cultivada por sus biógrafos y admiradores, poco o nada se diría de los orígenes regeneracionistas de su pensamiento.

²² Así lo explicaba Eugenio Vegas Latapié, en su prólogo para *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, Madrid, 1941.